RAMÓN DÍAZ ETEROVIC Y LA GENERACIÓN DEL 80 EN EL PANORAMA DE LA NARRATIVA CHILENA ACTUAL. ENTREVISTA

POR

GUILLERMO GARCÍA-CORALES
Baylor University

Ramón Díaz Eterovic (1956) es uno de los más prolíficos representantes de la llamada Nueva Narrativa Chilena. Ha incursionado con éxito en el cuento, la poesía y la novela, logrando una excelente recepción crítica y varios galardones literarios tanto en su país como en el extranjero. Díaz Eterovic se destaca sobre todo por ser el principal exponente de la novela negra o relato neopolicial en Chile.

Ha publicado los libros de poemas *El poeta derribado* (1980) y *Pasajero de la ausencia* (1982); los volúmenes de cuentos *Cualquier día* (1981), *Obsesión de año nuevo* (1983), *Atrás sin golpe* (1985) y *Ese viejo cuento de amar* (1990); y las novelas *La ciudad está triste* (1987), *Solo en la oscuridad* (1992), *Nadie sabe más que los muertos* (1993), *Ángeles y solitarios* (1995), *Correr tras el viento* (1997), *Nunca enamores a un forastero* (1999), *Los siete hijos de Simenon* (2000), *El ojo del alma* (2001), *El hombre que pregunta* (2002) y *El color de la piel* (2003). Su trabajo novelístico ha sido publicado en Chile, España, Argentina, Italia, Portugal, Croacia, Holanda, Francia y Alemania. Es coautor, con el escritor Diego Muñoz Valenzuela, de las antologías *Contando el cuento. Antología joven narrativa chilena* (1986), *Andar con cuentos. Nueva narrativa chilena* (1992), *Cuentos en dictadura* (2003) y autor de la antología *Crímenes criollos. Antología del cuento policial chileno* (1994). Fue director de la revista de poesía *La gota pura* (1981-1995) y Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile (1991-1993).

Entre los galardones que ha recibido Díaz Eterovic se destacan el Premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura (1995) y el Premio Municipal de Santiago, Género Novela (1996 y 2002) por las novelas *Ángeles y solitarios* y *El ojo del alma* respectivamente, el Premio Anna Seghers (1989) concedido por la Academia de Arte de Alemania y el Premio Las Dos Orillas (2000) del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón, España, por la novela *Los siete hijos de Simenon*.

Este diálogo con Ramón Díaz Eterovic, que se inició en Santiago de Chile el segundo semestre del año 2004 y se completó a principios de 2005, forma parte de un proyecto de investigación realizado con el auspicio del Comité de Investigación y el Instituto de Historia Oral de Baylor University. Colaboraron Lila Cole McDowell y Farrah Rajabi.

GUILLERMO GARCÍA-CORALES: ¿De qué forma la narrativa chilena de la década de los 90 y de los primeros años del siglo veintiuno ha contribuido al debate cultural de la nación?

RAMÓN DÍAZ ETEROVIC: Me cuesta visualizar la existencia de un debate cultural al interior de la sociedad chilena y, por lo tanto, me resulta difícil opinar sobre la contribución de la narrativa a ese posible debate. A lo más, en el ámbito literario, se han dado algunas breves escaramuzas respecto a la existencia y alcances de algo que en su momento recibió el nombre de Nueva Narrativa Chilena y cuyo análisis no fue más allá de los factores editoriales que le dieron vida al inicio de los años 90.

Sin perjuicio de lo anterior, si algún aporte puede derivarse de la narrativa que se escribe en los 90 –específicamente la relacionada con la llamada Generación del 80 o Generación del Golpe, la cual comprende a escritores nacidos entre los 50 y 60– es la relación con la configuración de la memoria histórica del país y la descripción de la atmósfera social de la dictadura y sus años siguientes. Al menos, en la primera etapa de publicación de los autores de esta generación se evidencia el afán de recrear o testimoniar el negro capítulo de la dictadura y sus secuelas. Hechos horribles, como los contenidos en el informe reciente de la Comisión Nacional Sobre Prisión Política y Tortura, fueron denunciados y expuestos en la narrativa que se publicó en los años 80 y 90. Por lo tanto, para bien o para mal, es una narrativa que se vio fuertemente condicionada por la dictadura, sin perjuicio que dentro de ella existan autores que optaron por visiones más complacientes o apartadas de la mirada de la mayoría de los escritores de mi generación.

GG-C: Cuando te has referido a hitos importantes en la narrativa de los 90 has hablado de la literatura escrita por mujeres. ¿Cuáles serían los casos que más te llaman la atención?

RDE: De los años 80 en adelante se constituye un cuerpo de escritoras amplio y sólido, con autoras que trabajan desde una perspectiva más profunda de género, y con más presencia editorial. Esto último –la mayor presencia editorial– responde, en alguna medida, al efecto Isabel Allende, que es una autora que luego de su éxito genera la atención editorial hacia otras autoras latinoamericanas y chilenas. También tiene que ver con la emergencia de un cuerpo de lectoras significativo que busca una literatura que refleje sus ideas, problemas, visiones. De mi generación, rescato el trabajo de autoras como Ana María del Río, Sonia González Valdenegro, Andrea Maturana, Juanita Gallardo, Pía Barros, Lilian Elphick y a algunas autoras más jóvenes, como Nona Fernández y Cynthia Rimsky. También, y por distintas razones, se han destacado las obras de Marcela Serrano y Diamela Eltit.

GG-C: ¿Cuáles son los temas más significativos a que se refiere esta narrativa del período de la transición democrática que desarrolla tu generación?

RDE: Esto ya lo comentaba un poco anteriormente. Durante el período aludido surgió una buena cantidad de cuentos y novelas que recreaban la época de la dictadura. Pero esto es un lado de la luna, y desde luego no todo lo que se escribió fue en torno a esa temática, porque en la misma época aparecen otros proyectos literarios, menos vinculados a lo político y que abordan otros temas latentes en la sociedad chilena.

GG-C: ¿Se pueden distinguir tendencias ideológicas predominantes de la narrativa de los 90 hasta el presente?

RDE: Considero que las tendencias ideológicas en la narrativa chilena se expresan en función de la respuesta de cada autor frente a la situación política que se vive desde el año 1973 en adelante. Por lo menos en cuanto a mi generación, yo pienso que es fácil reconocer la postura de cada autor con respecto a la época de la dictadura. Algunos hablan

de ese período sin metáforas, en forma directa, pero hay otros que eluden el asunto a través de un lenguaje un tanto elíptico, ambiguo, o simplemente no tocan ciertos temas. Estas dos posiciones de alguna manera generan distintos efectos en la difusión que tienen unos libros y otros porque para nadie es un misterio que la prensa en Chile está controlada por la derecha y estas novelas que no se metían con los temas más duros tenían una difusión más amplia en los medios. Por lo tanto, estos autores tendían a ser más conocidos mientras que el otro tipo de literatura era relegado a la marginalidad. Durante la dictadura, la prensa adicta a Pinochet hizo una evidente operación de ocultamiento, desprecio o menoscabo de gran parte de la literatura que se estaba escribiendo.

Recuerdo que el año 1993, cuando publiqué *Nadie sabe más que los muertos*, novela que trata sobre los detenidos desaparecidos, me entrevistó una periodista de *El Mercurio* y la primera pregunta que me hizo fue si no creía que el tema de los detenidos desaparecidos estaba pasado de moda. Desde luego, una pregunta estúpida y mal intencionada. Desde noviembre del 2004, después de la publicación del informe que te mencioné sobre prisión política y tortura elaborado por la Comisión Valech, sabemos que la tortura y la desaparición de personas no fue “una moda”, sino que un proceso sistemático, organizado por los militares y apoyado y aplaudido por civiles vinculados a la derecha política del país. Un proceso destinado a exterminar o amedrentar a buena parte de sus opositores.

Desde los 90 en adelante, se ha vivido un proceso de blanqueo de la historia, de tratar de suavizar todo lo que pasó, de decir que esto de las torturas y los asesinatos en contra de disidentes del régimen militar, por ejemplo, fue culpa de locos desquiciados y no una política calculada de los militares y los políticos de la derecha. Y esto ha pasado en parte por la difusión de la literatura, por los medios de comunicación. Por ejemplo, con motivo de los treinta años de la caída de Allende, se vieron en televisión imágenes del período dictatorial que la mayoría de la gente no había visto nunca y eso tuvo un gran impacto. Pero este paréntesis para presentar esos hechos se cerró muy luego. Entonces, ese tema de la recepción de parte de la crítica y los lectores sobre determinado tipo de obra literaria también hay que entenderlo y analizarlo en función de esta política de blanqueo histórico que ha habido en este país.

GG-C: ¿Cómo compararías los aspectos de contenidos y enfoques ideológicos que existen en la narrativa de la década del 90 hasta el presente en relación con la narrativa de los 80 aproximadamente?

RDE: Los que escribíamos en los 80 éramos autores que teníamos una intencionalidad ideológica más evidente y profunda; cosa que tiende a diluirse y prácticamente perderse en los escritores más recientes, salvo contadas excepciones. Desde luego, esto es el reflejo de una sociedad que ha limitado el ejercicio del pensamiento político y lo mantiene en niveles de baja intensidad.

GG-C: ¿Cuáles son los rasgos estéticos más sobresalientes de la narrativa chilena publicada aproximadamente desde principios de los 90 hasta fines del 2004?

RDE: Tal vez esto tenga que ver con lo que te decía anteriormente sobre la diversidad. Si uno lee, por ejemplo, la producción de la Generación del 38, ésta era más o menos similar en lo que se refiere al formato de la llamada novela social. También la Generación de los Novísimos era muy parecida en cuanto a su manejo de lenguaje desembozado. En cambio, entre los escritores de los 90 hay escrituras muy diversas, distintos lenguajes, unos

son más directos, otros más elípticos, se abordan los mal llamados subgéneros, la experimentación. O sea, es difícil decir que todos los narradores que publican en los años 90 escriben de tal o cual manera. Tal vez uno pueda comparar y agrupar a tres o cuatro, pero es difícil destacar un estilo que una a todos los autores.

GG-C: Entonces, ¿cuáles son, a tu juicio, los autores más significativos que se van consolidando durante los años 90 en la escena literaria chilena?

RDE: De mi generación, tengo interés en lo que hace Hernán Rivera Letelier, Luis Sepúlveda, Darío Oses, Diego Muñoz Valenzuela, Jorge Calvo, Juan Mihovilovich, Antonio Ostornol, Jaime Collyer, todas las mujeres que te mencionaba antes, y Roberto Bolaño, nombre clave de nuestra generación, y uno de los autores que hoy está influyendo a buena parte de la narrativa más joven. Luego, permanecen en la escena literaria algunos autores de las generaciones del 38 y del 50, como Volodia Teitelboim, Jorge Edwards, José Miguel Varas y de la Generación de los Novísimos, como Poli Délano, Antonio Skármeta y Fernando Jerez. También me interesan algunos proyectos como el de Germán Marín.

GG-C: ¿Cómo se podría comparar la nueva narrativa nacional con la narrativa latinoamericana de este mismo período?

RDE: No soy un experto en literatura latinoamericana, porque entre otras cosas, por una estructura editorial dependiente, lo que conocemos en Chile de la narrativa latinoamericana es poco y reducido a lo que se distribuye desde España. De lo que conozco te diría que hay una similitud en lo que se refiere al abordaje de historias fragmentadas y mínimas. Y desde luego, en un campo muy específico y de mi interés, me llama la atención la enorme cantidad de autores que utilizan los códigos de la novela negra en sus obras, y cómo este género es abordado con evidentes similitudes.

GG-C: Pasando ahora a tu trabajo creativo, ¿en qué aspectos de la realidad nacional o la historia reciente se ha enfocado tu obra literaria, en particular tu producción narrativa?

RDE: Con las novelas de la serie Heredia que ya cumple veinte años (la primera fue escrita en 1985 y publicada en 1987), siento que he dado forma a una crónica de la historia chilena de los últimos treinta años. Una crónica que nació de manera intuitiva. Si uno sigue la trayectoria de mis novelas encuentra el tema de los desaparecidos, la represión política, el narcotráfico, el tráfico de influencia, la xenofobia de los chilenos y la corrupción en la administración pública, entre otros asuntos. Siento por lo tanto que he tocado temas que son sensibles en la sociedad chilena.

GG-C: ¿Puedes comentar más acerca de la significación de estas novelas con respecto al debate cultural e ideológico de las últimas décadas en Chile?

RDE: Mis novelas abordan temas que han estado presentes en el acotado debate político-ideológico existente en Chile, y en algunos casos han anticipado temas que en los momentos en que las novelas fueron publicadas no estaban en el espacio de la discusión. Son novelas que han sido escritas muy a contrapelo de las cosas que iban pasando y que podrían servir como referencia o para ejemplificar algunos hechos relevantes en la historia social chilena de los últimos años. Así por lo menos lo aprecio en algunos estudios realizados por profesores y estudiantes universitarios.

GG-C: ¿Cuáles son las preferencias estéticas que has buscado desarrollar con mayor persistencia en tu obra narrativa y cómo evaluarías tus logros al respecto?

RDE: Si algún mérito tiene lo que he escrito es haber instalado en el imaginario de la literatura chilena un personaje, el detective privado Heredia. Este Heredia (que apareció como una expresión bastante marginal, pues cuando publiqué *La ciudad está triste* había que andar explicando lo que era la novela negra y no era bien visto que se escribiera un texto policial) con el correr del tiempo se transformó en un personaje que refleja cierto espíritu de época, una postura de rebeldía. Al mismo tiempo, considero que las novelas de Heredia han contribuido a dar patente de circulación a la narrativa policial dentro de la literatura chilena. Si hay alguna intención detrás de mis novelas es tratar de contar buenas historias que entretengan e inciten a la reflexión.

GG-C: ¿Qué elementos de tu biografía personal han sido determinantes en tu desempeño como escritor?

No tengo claro en qué momento tuve la idea de escribir. Tal vez tiene que ver con mi infancia, con el lugar donde nací o con mi inagotable voracidad lectora. No lo sé. Lo único claro es que todo lo que he escrito nace de mi obstinación por crear historias, a pesar de habitar un espacio donde el escritor tiene más estímulos para renunciar que para seguir escribiendo.

GG-C: Heredia es un personaje que lee novelas, que colecciona citas. ¿Son las lecturas de Heredia las mismas lecturas de Díaz Eterovic?

RDE: Mis lecturas son más extensas y variadas que las de Heredia, pero las que él cita son de autores que me gustan. Entre los autores que siempre aparecen están Fernando Pessoa, Jorge Teillier, Juan Gelman. De repente hay guiños a escritores que me gustan y que además son amigos míos como Poli Délano, Esteban Navarro y Luis Sepúlveda. Por otro lado, aparecen narradores a los que admiro, como Juan Carlos Onetti y Julio Cortázar. Cuando estoy leyendo y encuentro algo que me llama la atención lo anoto, lo guardo. Y a veces me pasa que estoy escribiendo y me tropiezo con una frase donde cabe muy bien alguna de las citas atesoradas. En mi novela *El hombre que pregunta* hay mucho juego de citas. Por ejemplo, hay un homenaje a Alejandro Dumas y *Los tres mosqueteros* que es una novela que he leído muchas veces.

GG-C: Nos gustaría revisar ahora algunos aspectos de tu trabajo literario relacionándolos directamente con tus últimas novelas desde *Ángeles y solitarios* en adelante. Con esta novela ganaste en España el significativo Premio Las Dos Orillas. Ahora, con la perspectiva de cuatro años, ¿qué ha significado este galardón para ti?

RDE: Con ese premio se aceleró el proceso de traducción y publicación de mis novelas en otros países. Tengo un agente literario alemán –Alexander Dobler– que entonces estaba trabajando para publicar mis novelas en países europeos y ya había captado el interés de editoriales alemanas y holandesas. Con el premio se le facilitó el trabajo, y además de los dos países señalados, la novela también se publicó en Portugal, Grecia, España, Italia y Francia. El premio ayudó al hecho, que todavía no dimensiono totalmente, de estar circulando en otros países y otros idiomas en una cantidad de ejemplares que es superior a todo lo que podría aspirar a publicar en Chile. El premio también abrió el camino a la traducción y publicación de otras novelas en Francia, Holanda, Alemania, España y Croacia.

GG-C: *Los siete hijos de Simenon* trata el problema ecológico combinado con distintas formas de corrupción, ¿qué llevó a Heredia a incursionar en este tema?

RDE: En la época en que escribí esa novela se hablaba de la construcción de un oleoducto entre Chile y la Argentina, y se especulaba con la posibilidad de que existieran algunos negociados involucrados en su construcción. Ese tema me llamó la atención, pero más que nada me importó el tema ecológico. Chile es un país que tiene una inmensa, rica y maravillosa naturaleza, y los chilenos tenemos una cultura ecológica casi a nivel cero. Lo económico ha pasado a tener más importancia que la defensa de la naturaleza. Tenemos el caso de la isla de Chiloé que se llena de cultivos de salmón y con esto se contaminan las islas con bolsas plásticas, de desechos. Se han derribado bosques enteros para convertir los árboles en astillas y llevarlas a Japón. Incluso Santiago podría ser una ciudad menos contaminada si no primaran los intereses económicos. En mi novela traté de hablar de la relación problemática de los chilenos con la naturaleza, con los problemas ecológicos.

GG-C: Un par de críticos dedicaron un estudio a esta novela que titulan “Corrupción y utopía en *Los siete hijos de Simenon*”. ¿Qué opinas de este enfoque inicial de esta novela y según tu propia opinión cómo se relaciona el concepto de utopía y el tema de la corrupción en este relato?

RDE: Heredia defiende la vieja utopía de vivir en un mundo mejor, con más justicia social, con menos dolor. Y la utopía social, en el caso de mi generación, tuvo mucha importancia, porque una buena cantidad de los que pertenecemos a ella creímos y vibramos con el proyecto de la Unidad Popular. Creo que los que estamos más o menos en la edad de Heredia hemos querido mantener vigente esa utopía, porque creemos que dentro de ella hay valores esenciales. De alguna manera, nuestra vida ha sido definida por el tratar de acercarnos a una utopía de ese tipo. Y, por lo tanto, Heredia –que es un derrotado, como somos muchos en Chile– piensa que debemos hacer todo lo que se pueda, aunque sean gestos mínimos, para mantener viva la llama. Tal vez ni siquiera ya para nosotros, pero sí para otra gente.

Y en cuanto a la corrupción, el asunto es más o menos obvio y tiene que ver con una sociedad donde prima el lucro y el dinero. La corrupción está presente en la vida cotidiana chilena. Si uno se dedica a leer los diarios y las revistas, puede encontrar muchos temas adecuados para escribir una novela policial.

GG-C: ¿Cuáles serían los elementos más específicos en los que se podría identificar el impulso utópico del detective Heredia?

RDE: La mayoría de los casos que Heredia resuelve en sus novelas responden a un impulso que tiene que ver con su afán de justicia y su deseo de establecer la verdad.

GG-C: Pasando ahora a *El ojo del alma*, novela con la cual ganaste por segunda vez el prestigioso Premio Municipal de Santiago el 2002, ¿qué significó para ti recibir de nuevo este galardón y cuál es tu propia evaluación general de esta novela?

RDE: Dado que el Premio Municipal de Santiago es de mucha tradición, yo pensaba que con haberlo ganado con *Ángeles y solitarios* debía darme por satisfecho, porque son muy pocos los casos de escritores que lo han ganado más de una vez. De todas maneras, los premios en Chile se olvidan rápido, a lo más sirven para invitar a unos pocos amigos a un asado. Ahora en cuanto a la evaluación de esta novela debo decir de partida que para mí *El ojo del alma* es una de mis novelas favoritas.

En esa novela traté de hacer un arreglo de cuentas con mi generación, no sólo la de escritores, sino en general, y por eso el tema que la atraviesa es el de la traición, que ha

sido muy importante en estos tiempos. Pero no se trata de escenificar solamente la traición que se da en un primer plano en la novela de un sujeto que estuvo metido en política y en un momento denunció a alguien y se fue a esconder. Esa es la traición que está en la superficie. Para mí el ajuste de cuentas es con la traición de una generación que en algún momento se jugó por un proyecto político y después se vendió al nuevo sistema, que en el fondo cambió la utopía de justicia social por el consumismo, por pasarlo bien, lo que es una situación muy marcada en gran parte de mi generación. Siento que por la forma en que gran parte de mi generación se ajustó al nuevo sistema, se traicionó a sí misma. Para mí ése era el gran tema de *El ojo del alma*.

GG-C: Como sucede con la tercera novela policial, *Nadie sabe más que los muertos*, en la séptima, *El ojo del alma*, aparece el tema de los detenidos desaparecidos.

RDE: Desde el punto de vista de la justicia y la moral, ése es el tema más relevante de la segunda parte del siglo veinte en Chile; es tan fuerte su carga valórica que es insoslayable al tratar la historia reciente de Chile como es lo que yo hago en esta novela y en *Nadie sabe más que los muertos*. Para mí este tema es absolutamente fundamental en el campo de la justicia y por lo que ha significado para las personas desaparecidas y sus familiares. Por otro lado, podemos volver aquí a lo que hablábamos antes del blanqueo de la historia que se ha intentado en Chile y constatar que éste es uno de los casos que más se ha tratado de cubrir con capas de olvido. Y también se ha manipulado, pues cuando se logró reconocer la existencia de tres mil detenidos desaparecidos, se intentó dar un corte ahí a la investigación del tema de la represión durante la dictadura, que fue mucho más que esos tres mil casos. Yo siento que éste es un tema tan tremendo que es necesario seguir hablando de él. Para mí el tema de la memoria sigue siendo importante.

GG-C: ¿Cómo caracterizas la perspectiva personal distintiva que tú le das a este tema en *El ojo del alma*?

RDE: La diferencia está en que la desaparición de un estudiante parte de otro hecho como es la traición. Entonces, esto es meterse en otra perspectiva porque generalmente el enfoque es decir bueno hay represores, esbirros inescrupulosos que toman gente y la hacen desaparecer. Pero de pronto esos represores han contado con la complicidad de los mismos “amigos” de esa persona desaparecida. Se trata de mostrar que el odio durante la dictadura no estaba concentrado en una sola parte de la sociedad sino que contaminó y luego, por miedo o lo que fuera, afectó a otras personas de las cuales no se esperaba que se prestaran para la traición.

GG-C: Patricia Espinosa ha señalado que *El ojo del alma* plantea una crítica a la modernidad y a sus supuestos ideológicos, ¿cuál es tu reacción frente a este comentario?

RDE: Intuyo que la novela apunta sus dardos hacia algunos de los aspectos más despreciables de la sociedad chilena y que en la vida concreta ha significado un cambio radical en la vida de los chilenos, en la manera de ser, de relacionarse. Hasta el año 1973, Chile era un país más pobre, más provinciano, pero más humano. Ahora hay más acceso a cosas materiales, hay más comunicación con el mundo, pero la existencia cotidiana se ha deteriorado, y una vez que se nos apaga la sonrisa momentánea, no nos queda otra opción que reconocer que no somos muy felices.

GG-C: Se ha dicho también que el libro *El ojo del alma* está tensionado por un reiterado cuestionamiento de la noción de la verdad, la cual se vuelve trivial. ¿Qué podrías elaborar en cuanto a este asunto?

RDE: Se trata un poco de lo que hemos estado hablando. En Chile se han puesto en escena ciertas verdades que uno tiene el legítimo derecho a cuestionar. En general, el tratamiento que le da la prensa en Chile a temas que tienen que ver con el poder militar, religioso, económico, político, siempre se expresa mediante “verdades a medias” frente a las cuales uno sospecha; las lee y de inmediato se pregunta dónde está la trampa, qué es lo que están ocultando. Y al cabo de algún tiempo, uno se da cuenta que las sospechas eran justificadas. Aquí siempre se trata de negociar las “verdades” y por otro lado hay una verdad de la vida cotidiana de muchos chilenos de sectores menos privilegiados que no sale en la prensa, en la televisión. Hay un Chile que “no existe” si uno se guía por los medios de comunicación. Hay verdades que no se dicen. Chile es un país en que nos mintieron mucho durante el régimen dictatorial y ahora uno ve que esa estructura de mentira permanece.

GG-C: En cuanto a la novela *El hombre que pregunta*, ¿podrías comentar cómo surgió la idea de esta novela en que la relación con lo político-social en un primer nivel no es tan directa como en tus otras novelas neopoliciales?

RDE: Como te decía al comienzo, en algún momento pensé que a través de las novelas de Heredia podía tocar determinados problemas político-sociales significativos, y en este caso, pensé en el mundo de los escritores. En todo caso, no creo que *El hombre que pregunta* se aparte mucho de la línea central de las otras novelas aunque es menos evidente porque no estoy hablando de crímenes políticos, ni de narcotráfico, ni de tortura, pero sí estoy hablando de asuntos que te comentaba en la pregunta anterior: de un país que cambió, y el sector de los escritores que podía ser más consciente, también cambió. Al trabajar este personaje que por mantener una fama es capaz de llegar al crimen y que además, como ya no puede escribir más, contrata a un escritor fantasma para que le haga la novela, también creo estar hablando de la corrupción y de un tema político.

Me llama la atención de que varios críticos que comentaron la novela hayan señalado que había abandonado la connotación política de mis novelas anteriores, pero creo que he seguido mirando las cosas desde la misma esquina. Se trata de hablar de un mundo (incluido el de los escritores) que antes tendía a ser más participativo, más solidario y de repente pasa a ser intervenido por el mercado y por el individualismo para transformarse hasta el punto donde no me extrañaría que las cosas que yo invento en esta novela sean efectivamente una realidad. Por último, reconozco que con *El hombre que pregunta* traté de hacer otro juego. Generalmente las novelas de Heredia son novelas abiertas donde él se relaciona con muchos personajes, deambula por las calles de la ciudad, y en esta novela quise trabajar en la línea de la novela de cuarto cerrado. El protagonista trata sólo con el grupo de los once escritores que estaban en la “última cena” cuando muere el crítico literario.

GG-C: Al leer a Alejandro Dumas, Heredia, en *El hombre que pregunta*, parte repitiendo “no hay que dejar morir a los héroes”, ¿qué héroes no quiere dejar morir Díaz Eterovic?

RDE: De partida no dejaría morir a Heredia. Me gustaría seguir escribiendo novelas de Heredia hasta que él envejezca, pero sin que muera. Los héroes son un referente importante para nuestros sueños y valores, por eso uno los quiere eternos.

GG-C: ¿De qué manera el problema del fraude y la corrupción del ámbito literario que aparece en *El hombre que pregunta* se relaciona con el panorama de las letras chilenas?

RDE: Hasta donde conozco, los fraudes no llegan a tales extremos. Hay fraude en los listados de ventas de libros, en algunas novelas que se publican y en algunas críticas literarias. Sé que se usan a los escritores fantasmas para redactar biografías de personajes de la televisión. A lo más hay pequeñas corrupciones en el reparto de becas y otras cosas por el estilo.

GG-C: Los críticos de tu obra han reconocido a Heredia como un individuo melancólico y nostálgico que está condenado a no olvidar, ¿qué puedes comentar acerca del tratamiento de la nostalgia en *El hombre que pregunta* y cómo se puede relacionar este asunto con tus otros textos narrativos?

RDE: En esta novela y todas las demás de la serie, Heredia es un personaje anclado en el pasado, en los recuerdos. Es su manera de mirar la vida, como que siempre el pasado le resulta más satisfactorio de lo que está viviendo en el momento. En algunos casos se aferra a espacios de la ciudad que representan ese pasado, en otros se trata de algunos amores, a veces son sus lecturas o amistades. El mismo gesto de coleccionar citas yo lo veo como un gesto nostálgico, es una manera de recordar planteamientos, frases, libros que leyó.

GG-C: Y con respecto a tu novena novela, *El color de la piel*, que se enfoca en el problema de los inmigrantes peruanos que están ocupando algunos sectores de Santiago en estos últimos años, ¿qué comentarios puedes compartir?

RDE: Entre los chilenos –sobre todo entre los más simplones– hay un evidente sentimiento de aversión hacia los peruanos. Se trata de un chauvinismo jurásico, muy tonto, primario y cargado de ignorancia. Una xenofobia que yo no había visto tan patente como con el caso de los peruanos. Los chilenos, por ejemplo, casi siempre han hablado mal de los argentinos, pero lo han hecho de abajo hacia arriba, es decir han hablado mal, pero siempre con admiración y envidia. Pero en el caso de los peruanos, se trata de una xenofobia que se instala en un momento en que Chile y, por lo tanto, el chileno, al menos en las apariencias, ocupa un sitio de privilegio en Latinoamérica y se cree el discurso de un país exitoso. Entonces, esta xenofobia hacia el peruano es de arriba hacia abajo y se expresa con desprecio y arrogancia. Llegó un punto en que todo eso me molestó tremendamente y me propuse escribir desde esa molestia.

Un segundo elemento es que me di cuenta que el barrio de Heredia ha sido ocupado por los peruanos. El sector de la Plaza de Armas y la Estación Mapocho se ha llenado de restaurantes peruanos, centros de llamadas telefónicas especiales para los peruanos, además del comercio ambulante a lo que muchos de ellos se dedican. Entonces, si el barrio de Heredia está lleno de peruanos, lo más lógico era pensar que uno de ellos podía llegar a golpear a la puerta de su oficina. De ahí nació *El color de la piel*.

GG-C: En esta novela Heredia se introduce en los fondos más bajos de la ciudad y se conecta con mayor persistencia que en las novelas anteriores con diversos personajes que habitan esos oscuros territorios. ¿Cómo se explica el interés de Heredia por transformarse en un cronista de la ciudad?

RDE: Es el intento de reflejar el paisaje de apariencias que se da en Santiago, de muchos letrados luminosos, mucho progreso y modernidad, pero debajo del cual hay una

ciudad oscura y dura. Hay poblaciones donde es más fácil conseguir cocaína que pan. Hay sectores muy abandonados. Se trata de hablar de una ciudad oculta. De espacios, muchas veces cercanos a íconos patrios o del progreso, donde se vive la degradación más profunda. Ambientes en los que Heredia juega el papel de testigo, de ojo fotográfico que hace retratos que inquietan.

GG-C: Pensando en el contexto en que se desarrolla tu propia novelística, ¿qué puedes decir sobre el repunte de la novela negra o neopolicial durante las últimas décadas?

RDE: Yo creo que después del *boom* de la narrativa latinoamericana de los años 70 más o menos, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar... y sin desconocer lo valioso de muchas novelas y autores que vienen con posterioridad de ese fenómeno y se mueven en los cánones más habituales, creo que otro fenómeno interesante que se produce en la narrativa latinoamericana es el tema de lo que se llama el neopolicial. Éste surge en la época de los 80 con autores como los mexicanos Paco Ignacio Taibo II, Rafael Ramírez Heredia y con mucha influencia de algunos autores cubanos como Daniel Chavarría y Luis Rogelio Nogueras, y los argentinos Osvaldo Soriano y Ricardo Piglia. Se produce dentro de la narrativa latinoamericana la instalación de un conjunto de autores que revalorizan el género policial, que han probado que se puede hacer buena literatura desde los códigos policiales. Por lo tanto, no es un fenómeno de que uno llegue al género neopolicial buscando una opción comercial de literatura popular, de fácil difusión, sino todo lo contrario, se trata de tomar el género y continuar dándole la estatura importante que ya le han dado algunos maestros. Esta sería la razón artística literaria de la adopción del género.

Y si queremos ver este asunto desde un punto de vista más ideológico, es una literatura que responde directamente a todas las situaciones políticas que se viven en el continente que tienen que ver con las dictaduras, la falta de democracia, la falta de libertad, la corrupción política y económica, los cuales son fenómenos que afectan a casi todos los países latinoamericanos. Y esas son las razones que me hicieron pensar que se podía hablar de la sociedad chilena desde los códigos de la literatura policial.

Por ahí he dicho que esta ecuación de poder, crimen e injusticia es pareja para toda Latinoamérica. Esta literatura da cuenta de las sociedades latinoamericanas actuales y empieza así a llenar el espacio que alguna vez ocupó la llamada novela social. La novela policial es la novela social de nuestra época. El lector reconoce en ella el mundo en que está viviendo. Con la novela policial se pone énfasis en otro fenómeno social que tiene que ver con el crecimiento de las urbes, de las grandes capitales latinoamericanas. Es un crecimiento que está relacionado con la aparición o incremento de fenómenos como la marginalidad urbana, la drogadicción y el delito a gran escala. Por todo esto, si uno lee a los autores policiales latinoamericanos obtiene una radiografía muy certera de lo que está pasando en el continente.

GG-C: ¿Podrías de ese grupo de autores, junto a los ya mencionados, destacar tres o cuatro de distintos países?

RDE: De Cuba conozco las novelas de Leonardo Padura, Justo Vasco y Daniel Chavarría. De Colombia mencionaré a Santiago Gamboa y Fernando Vallejo. En Argentina están Osvaldo Soriano, Mempo Giardinelli, Juan Saturaín, Fernando López, Guillermo Martínez, Juan Carlos Martini y Guillermo Saccomanno. En Uruguay, Milton Fornaro y Mario Delgado Aparáin. En México, Rafael Ramírez, Juan Hernández Luna,

Paco Ignacio Taibo II y Enrique Serna. De escritores bolivianos, recuerdo una novela de Wolfango Montes. Y en Brasil tenemos al notable Rubem Fonseca y a Patricia Melo.

GG-C: ¿Existe en Chile un corpus de literatura policial en el sentido de un conjunto de autores insistiendo creativamente en esta vertiente narrativa?

RDE: Se ha producido una inserción de la narrativa policial en la literatura chilena con mayor fuerza que nunca. Cuando yo empecé en ese derrotero no había nadie más que se dedicara a la novela negra, pero luego aparece Roberto Ampuero y Bartolomé Leal. El mismo Bartolomé Leal, escribiendo con Eugenio Díaz Leighton, (encubiertos con el seudónimo de Mauro Yberra) ha publicado tres novelas que tienen la particularidad de estar ambientadas en el Chile anterior a los años 70. Carlos Tromben aparece con su novela *Poderes fácticos*. Marcela Serrano escribió una novela policial, *Nuestra señora de la soledad*. Otros nombres al respecto serían: Ignacio Frizt, Roberto Brodsky, Sergio Gómez, Eduardo Correa, Antonio Rojas, Hernán Poblete Varas y José Román que publicó una novela notable: *El espejo de tres caras*.

También aprecio que el género impregna la obra de muchos autores de las últimas generaciones que no se reconocen como autores policíacos: *El infiltrado* de Jaime Collyer y *La partida* de Jorge Calvo. Incluso han sido publicados en el extranjero en series de editoriales dedicadas a este género. Por último, hay que mencionar a Roberto Bolaño, que es un autor que incursiona en lo policial, no de una forma clásica sino que de manera experimental, tratando de romper los códigos del género. *Monsieur Pain* y *La pista de hielo* son novelas policíacas.

GG-C: Y en cuanto a tus proyectos literarios que tienes encaminados, ¿qué podemos esperar?

RDE: Tengo terminadas dos novelas de la serie Heredia. La primera se llama *A la sombra del dinero* y cuenta la historia de un funcionario público que es asesinado porque descubre el traspaso de fondos fiscales hacia las arcas de un partido político; y la segunda se llama *El segundo deseo*, en la que Heredia investiga el comercio con ancianos en asilos ilegales, y de paso realiza la búsqueda de su supuesto padre. Durante este año 2005 debería publicarse un librito con tres cuentos protagonizados por Heredia y exhibirse la serie de televisión *Heredia & Asociados*, basada en mis novelas.